



CRISTO DE NUEVO RESUCITADO

"El gozo y la esperanza (gaudium et spes), la tristeza y la angustia de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozo y esperanza, tristeza y angustia de los discípulos de Cristo; nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón".

Así comienza el documento conciliar sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo. Para saber si alguien es cristiano podemos verificar su fe de bautismo. Podemos también preguntarle — y preguntarnos — si la esperanza y la angustia de los hombres de hoy encuentran eco en nuestro corazón. Y si alguna vez esta pregunta se torna ineludible es cuando cantamos que Cristo ha resucitado.

La fiesta de Pascua es celebrada por millones de cristianos; pero ¿qué significa esta fiesta para los otros millones, además de algún feriado adicional por semana santa o por la "semana del turismo"? A medianoche, un enorme cirio despejará las tinieblas de los templos colmados de fieles; afuera, continuará la penumbra. El

cirio estaba calculado para iluminar un local con destellos de catacumba. El mensaje del cirio, en cambio, se dirige al mundo, que no cabe en las catacumbas.

Pascua es la fiesta central del cristianismo, el momento más intenso en la fe de la comunidad cristiana. Su importancia nos hace olvidar los problemas personales para meditar sobre la comunidad. Ni siquiera tenemos derecho a enredarnos en asuntos "domésticos" de la Iglesia: curas que se casan, fieles que objetan la "Humanae vitae", sacerdotes y obispos en conflicto. El mundo espera de nosotros una palabra diferente, si es que espera algo. Es el momento para buscar el sentido de las cosas, principalmente de la historia. El presente de la huma-

nidad es tan denso que amenaza aniquilar el futuro. Pocas veces, como hoy, se ha percibido que el futuro no sucede simplemente al presente, como un año al otro en los mitos cósmicos, sino que nace de él en un horizonte de angustia y de esperanza.

La última cruzada

Lo que tal vez más nos angustia es Vietnam, la guerra más prolongada en la historia de los Estados Unidos. Las partes llegaron a encontrarse frente a una mesa de conferencias, después de discutir durante meses sobre la cuadratura de la mesa. Y todo para caer nuevamente en un punto muerto. La última ofensiva de los "guerrilleros" vietcong y la probable contraofensiva de los "aliados" con bombardeos al norte de la zona "desmilitarizada", hacen demasiado angosto el camino hacia la paz, tan angosto —según el dicho árabe— como el filo de la cimitarra; por él hay que transitar. El lenguaje mismo nos parece demasiado distante de la realidad: guerrilleros —que derriban centenares de aviones—, aliados, zona desmilitarizada, bombardeos de saturación, bajas moderadas, campañas de pacificación, elecciones, conversaciones de paz... un bombardeo de eufemismos para confesar que ésta será la primera guerra que los ejércitos americanos no podrán ganar. La primera en que se contentarán con no perder, al menos el prestigio. La "pax americana" se revela una ilusión, el océano pacífico está dejando de ser el "mare nostrum" (mar nuestro) como llamaban los romanos al Mediterráneo.

Vietnam es una guerra sucia: terrorismo de un lado, napalm del otro. En las guerras clásicas (¿Corea habrá sido la última?) los soldados creían pelear por un ideal. Aquí ya no saben bien por qué pelean, ni siquiera contra quiénes; se repite lo de Francia en Argelia. Y la guerra es sucia no tanto por las armas ultra-perfeccionadas ni por la violación de los acuerdos de guerra; hombres que creían en la democracia se preguntan si el recontar cada día un centenar de cadáveres ayudará a construir allí alguna democracia. Cuando desembarcaron en Normandía pensaban liberar Francia, los Países Bajos, Dinamarca... Hoy no saben a quiénes vinieron a liberar; cada campesino, con sandalias y piyama negro, les resulta un guerrillero en potencia; la metralleta puede estar escondida en la jungla. Rostros impasibles, curtidos por veinte años de pólvora, ocultan sentimientos enigmáticos para el occidente.

La guerra de Vietnam no podrá ser otra guerra de "cien años", como en la edad media. Entonces se movían con lentitud, fijaban treguas y reedificaban fortalezas. Diez años de Vietnam serán peores que un siglo de lucha con armadura. El agotamiento hará que un día la intensidad comience a decrecer. No habrá vencedo-

res, pero sí vencidos: un pueblo que sirvió de mesa para que pulsearan dos imperialismos. O tal vez tres.

El cristianismo se ha visto comprometido, demasiadas veces, en guerras, de religión y de las otras. Carlomagno —"San" Carlomagno para el medioevo germánico— avanzó sobre los frisones con el agua bautismal en una mano y la espada en la otra. A los cruzados se les prometía el paraíso, si morían combatiendo por el Santo Sepulcro. Y a los que defendían esas tierras Alá les prometía lo mismo. Israel, por otro lado, hace avanzar sus legiones de tanques al sonido de la trompeta del arcángel. Frente a religiones con tanto estrépito de armas, las monoteístas, precisamente, es decir, las más "evolucionadas" y espiritualistas, se presenta el budismo como un mensaje de paz, con una inquebrantable confianza en ser la religión o la mística del futuro de la humanidad. Y es en Vietnam donde soporta el budismo su prueba de fuego. Hace unos años, Hungría se sublevó violentamente, siguiendo métodos occidentales. Hoy, Checoslovaquia parece, más bien, inspirada en la resistencia pasiva de Gandhi, y Ian Palach ha encendido en Europa la antorcha humana que inmoló a monjes de Vietnam.

En el mundo cristiano, felizmente, ya no se interpreta esta guerra como una cruzada. Comienza a imponerse la misma sensación que invadió a Europa al fracasar, una tras otra, las cruzadas a tierra santa: frustración, reflexión, realismo. Se había pretendido exportar un ideal religioso cuando Europa no encontraba el suyo propio. Carlos, el emperador, debe pactar con príncipes luteranos para poder enfrentar a los turcos. Y hoy, tanto el viejo como el nuevo mundo están comprendiendo que para poder ofrecer hay que tener, o mejor, ser.

Reencuentro en la fraternidad

Europa despertó de un sueño colonialista y concentra sus energías en ser, en pequeña escala, un modelo de comunidad internacional. El Mercado Común e Inglaterra, la NATO y Francia, Alemania occidental y oriental, antinomias todas que pondrán a prueba la capacidad de los estadistas. Estados Unidos recién está despertando de la versión americana del colonialismo: el llamado "imperialismo", más económico que militar. Después que crearon las "Naciones Unidas" y las encerraron en una torre de cristal en Nueva York, comienzan a vacilar en su democracia. Los ciclones de la furia negra, la delincuencia, los desórdenes estudiantiles, los asesinatos de ambos Kennedy y de Martin Luther King, hacen tambalear a la "Gran Sociedad" y retroceder a la "Nueva Frontera".

El nudo gordiano que deberá desatar la próxima generación es el de la organización política de la humanidad. La conciencia de la única

y gran familia humana, ha pasado a ser una adquisición ética irreversible. En este sentido, podemos hablar de evolución histórica; no habrá ya argumentos para justificar la discriminación racial, política o religiosa. Pero en cuanto a la aceptación y cumplimiento de esos ideales normativos, depende de la respuesta de cada generación; en todo caso, no podríamos hablar nunca de evolución moral "irreversible".

En la breve historia del hombre —breve en relación al devenir del cosmos y a las posibilidades de un futuro imprevisible—, los emperadores han merecido el apelativo de "Grande" o "Magno" generalmente por haber consolidado un gran imperio. Augusto organizó el Mediterráneo y los Zares la Santa Rusia. La religión, como vemos, constituyó un pilar insustituible. El "Sacro imperio romano germánico", revivido en el Káiser, proyectó su halo religioso y su mesianismo sobre su última reencarnación: el Tercer Reich.

La historia ha dado vuelta la página de los imperios, pero aún no la de los imperialismos. La humanidad ya no podrá ser organizada por la fuerza, sino por la convicción. La Iglesia católica, con sus decretos conciliares sobre la libertad religiosa y sobre el valor de las religiones no cristianas, señala el camino para el reencuentro en la fraternidad universal. De la unidad terráquea ya no se puede hablar en modo optativo o potencial; no cabe más que el imperativo. Con todo, los resabios de la clásica soberanía política de las naciones, inhibe a las mismas Naciones Unidas de intervenir en el conflicto de Nigeria para impedir que Biafra quede reducida a un cementerio.

Un salto en el vacío

El gran país del Norte, decíamos, entrevee un nuevo camino, diferente al de las quijotescas cruzadas, de viejo cuño, pero sus pasos son aún torpes, como quien no termina de despertar de un sueño, demasiado hermoso para ser cierto. El postrer intento psicodélico ha sido la carrera espacial, más carrera que espacial. Se soñó otro poco, y esta vez en un ambiente de arcaico romanticismo: llegar a la Luna. A punto de abordar el satélite, se dan cuenta que no han pensado lo que harán después. En el Congreso se da la voz de alarma y los presupuestos de la NASA se reducen a velocidad espacial.

La conquista del cosmos corresponde a la misión del hombre: "Multiplicaos, llenad la tierra y sometedla" (Génesis, I, 28). Y todos los diarios han publicado grandes fotos del Papa recibiendo a algún astronauta, lo que equivale, en el pensar común, a una bendición y aprobación divina. No obstante, las felicitaciones papales por las hazañas del espacio deben ser recibidas en un contexto más amplio. El hambre de dos terceras partes de la humanidad nos

recuerda a algunas especies de animales que perecieron por gigantismo o por insuficiencia de los recursos naturales. La voz responsable de la Iglesia católica ha denunciado repetidas veces la carrera armamentista, tanto por el peligro que encierran armas de varios megatones como por los recursos sustraídos a necesidades vitales. De allí que nos enteremos con consternación de la decisión tomada por el presidente Nixon, de construir una red antibalística, a un costo de miles de millones de dólares. Desde un punto de vista militar, era, tal vez, necesaria. Pero lo que decepciona a la humanidad es que los líderes de las dos superpotencias no hayan podido ponerse de acuerdo para mantener el relativo equilibrio atómico sin necesidad de una nueva carrera. Y más, reconociendo todos que la proyectada red antibalística quedará anticuada en pocos años. La paz de la humanidad, que se pretende defender con una adecuada capacidad de réplica, vuelve a ser escamoteada al transformar los alimentos en cohetes.

Y la carrera espacial, puede ser, en el fondo, una versión celestial de la carrera armamentista, con el agravante de que el móvil no sea ya la necesidad de subsistir a un ataque nuclear, sino la angustia de no quedar rezagados en una cuestión de prestigio. En los Estados Unidos se critica frecuentemente el hecho de que naciones recién independizadas concentren sus escasos recursos en imponentes obras de ingeniería, como represas o acerías, cuando aún no han montado la infraestructura indispensable. Y nos preguntamos si las razones de prestigio fijan metas únicamente a los países subdesarrollados. De esta desubicación de valores son tan responsables las superpotencias como el tercer mundo que flirtea con el más fuerte y apuesta a los progresos de la tecnología espacial. Y aunque esta carrera parezca desproporcionada con las necesidades inmediatas de la humanidad, todos nos emocionamos un poco mirando el cielo, padecemos por contagio la "náusea espacial" y olvidamos los problemas que hay que resolver en la tierra. Se cumple así el slogan que los marxistas aplican a los cristianos. Sólo los chinos fueron capaces de dominar sus emociones y omitir toda noticia sobre el navideño viaje a la luna. Posiblemente no duden de que el satélite les pertenezca.

Nadie puede poner en duda el heroísmo de los astronautas, partan de América o de Asia. Nadie deja de sorprenderse por los saltos que da la tecnología espacial. Muchos viven la emoción de la super olimpiada. Pero lo terrible es que esa maratón del espacio ha llegado a crear una necesidad psicológica de romper marcas. "Los invasores", "Dimensión desconocida", etc., son series que transmiten y reflejan un estado de ánimo peculiar. La Luna es el nuevo Moloc al cual no se vacila en sacrificar la infancia del tercer mundo.

La Luna no pasa de ser, en realidad, una carnada. El sedal se prolonga hacia Marte, Júpiter y el "ultra espacio" de "2001". La humanidad debe planificar ya su futuro cósmico. Sólo un esfuerzo conjunto y racional permitirá darle un sentido y evitará que sea considerada, algún día, como una de las grandes plagas de la humanidad, a la par de la carrera armamentista. No imitemos al difunto rey Saúd, quien con el petróleo de su tierra reconstruyó los cuentos de las "Mil y una noches". Un salto al espacio, sería entonces un salto en el vacío.

El compromiso latinoamericano

La Iglesia mira con creciente preocupación la transformación que se está operando en el subcontinente que se extiende al sur del Río Grande. Una población en vías de des cristianización, y, lo que es más grave aún, en vías de deshumanización. Aquí cabría preguntarse hasta qué punto estuvo cristianizado y hasta qué punto fueron alguna vez humanas las condiciones de vida. De cualquier modo, no se puede perder tiempo discutiendo lo que fue, sino lo que procura ser.

La Iglesia en América no se limitó nunca a bautizar, catequizar y rezar. Desde las universidades hasta las reducciones indígenas, su acción fue muy semejante a la que desarrolló en Europa después de la avalancha de los pueblos germánicos: reconstruir al hombre y reconstruir la sociedad con un profundo espíritu de fe cristiana. Tal vez en los últimos cien años, acosada la Iglesia por un liberalismo alérgicamente anticlerical, se refugió en los templos, en el culto, en la misión "espiritual". Los que hoy se escandalizan por ciertas tomas de posición de obispos y sacerdotes, demuestran una memoria muy corta. O tal vez obre en el subconsciente el temor a una fuerza que se había logrado aislar con los sagrados muros del templo.

La Iglesia de hoy comprende más que nunca que los sacramentos son correlativos de la fe y ésta de la dignidad humana. No es que se quiera proceder por etapas: primero hacer hombres, y después transformarlos en cristianos. La fe no es patrimonio de un estadio ulterior de la civilización, no es imprescindible un certificado de haber aprobado el catecismo para participar de la comunión en la celebración eucarística. La Palabra de Dios comienza a dirigirse al hombre en el sagrado recinto de la conciencia y suscita en él una esperanza que lo aproxima misteriosamente al Salvador. En esa dinámica se puede producir el encuentro con la Iglesia, que le hará humanamente visible el rostro del Salvador y audible su Palabra.

La Iglesia latinoamericana está superando rápidamente la etapa "ritualista", exagerando un tanto los matices. La simple administración de los sacramentos, sin un mínimo de fe y de comprensión, no conduce siempre a una viven-

cia cristiana. Y el subdesarrollo religioso, en que se encuentran grandes masas de la población latinoamericana, es una corriente de igual sentido que el subdesarrollo humano.

Los obispos reunidos en Medellín han tomado claras posiciones en los problemas que afectan al mundo latinoamericano. No pocos obispos, sacerdotes y laicos piensan que esos documentos deben aún ser encarnados en cada país. En diversos lugares van apareciendo declaraciones referentes a hechos concretos, como la carta de los obispos de Brasil al presidente Costa e Silva. En nuestro país, se ha producido, lamentablemente, un hecho desagradable. Una declaración del arzobispo de Buenos Aires es seguida de una réplica de sacerdotes de Tucumán, a lo que se añade la contrarréplica. En el fondo, este episodio indica que el diálogo está aún en sus comienzos, cuando los malentendidos son más frecuentes. Algunos se pueden escandalizar. Pero podemos también alegrarnos por el esfuerzo conjunto en dilucidar un punto demasiado delicado: el del compromiso temporal de la Iglesia. No creemos que se enfrenten, simplemente, una actitud sacerdotal de compromiso con otra, episcopal, de no compromiso. La simultánea declaración del obispo de la zona sur de Tucumán, dando a conocer la situación de emergencia social como consecuencia del cierre de ingenios, nos muestra una aguda preocupación de compromiso a nivel episcopal. Hasta el presente, los sacerdotes deseaban ser consultados por sus obispos antes de tomar decisiones. Ahora son los obispos los que también desean ser consultados por sus sacerdotes. Una necesidad de un mayor diálogo sea, tal vez, el trasfondo y el resultado de este episodio.

Conclusión

La reflexión sobre los problemas que afronta la humanidad nos llenan, realmente de angustia y de esperanza. Angustia, sellada por la Pasión de Cristo, y esperanza iluminada por su Resurrección. Si Vietnam, Latinoamérica, Biafra nos permiten decir que Cristo de nuevo ha sido crucificado, el ansia de libertad que no muere en el hombre, como lo palpamos en Checoslovaquia, las esperanzas de paz en Vietnam, los gérmenes de renovación en Latinoamérica, nos hacen presentir que Cristo de nuevo resucita. En el cáliz de la Eucaristía vertemos los cristianos toda la angustia y el sufrimiento del hombre de hoy, confiando, por la fe, que encontrarán en el Salvador un sentido y un valor. Y al beber de un mismo cáliz percibimos en nosotros mismos que Cristo resucita en la humanidad, que la hermandad vivida en torno al altar es como una manifestación sacramental de la fraternidad en la que se reencuentra lentamente la humanidad.

Ignacio Pérez del Viso S. J.